

Reacción y técnica

Martes, 29 de Agosto de 1939

Se podría conceder por un instante a los regímenes de fuerza la posibilidad milagrosa de mantener sobre las realidades del mundo material, el desarrollo técnico, después de haber llevado hasta las regiones superiores una multitud científica, a pesar de la restricción de las libertades de todo orden. Para admitir una hipótesis así, olvidemos también que esa lluvia fecunda de la técnica está formada y atrapada en las nubes de la ciencia.

Colocada en el único terreno de la realidad, observaremos primero que si hay muchos más técnicos que sabios, eso no es solamente debido a una diferencia subordinada de rangos, de los méritos y de las dificultades de la tarea de cada uno. Eso es principalmente el resultado de las causas económicas, es decir de la demanda siempre creciente de las invenciones y los perfeccionamientos que mejoran las condiciones de la existencia humana.

Sin embargo, todo régimen de fuerza, por el desprecio del bienestar humano, o simplemente de la persona humana, conduce fatalmente a un retraso considerable, próximo y progresivo —o mejor dicho regresivo— del nivel de vida; a una reducción de las necesidades o al menos de los medios de satisfacerlos. Desde ese momento el estímulo de orden económico, que exige el desarrollo técnico, se ralentiza, y pronto deja de empujar al progreso.

Se puede fácilmente, y a diario, comprobar de qué manera la aplicación de los descubrimientos y del progreso se encuentra trabada y disminuida en los países reaccionarios. La creciente velocidad de los viajes encuentra la pereza forzada de los pueblos empobrecidos e incluso obligados a quedarse en el interior del país por las exigencias de la autarquía, por miedo a la divulgación, y también porque se les impide sustraerse a una vigilancia perseguidora.

Los prodigios de las comunicaciones se enfrentan a la resistencia, involuntaria pero insuperable, de multitudes a las que su uso les está prohibido o para las cuales se hace peligroso. Las líneas postales aéreas, obligadas a someterse a una censura implacable, quisquillosa y partidista, observan plazos de guerra, establecidos por la desconfianza, y así trasladan las cartas a una

velocidad que estaba ya prácticamente superada en los tiempos en que los únicos medios eran el caballo o el peatón. Las posibilidades teóricamente abiertas, el cambio de productos entre todas las regiones del planeta, quedan como quimeras en nombre de la autarquía. En fin, —para no multiplicar los ejemplos— sometemos a los pueblos al régimen de guerra, como preparación de una guerra futura o como prolongación de una guerra terminada. Y hay ahí más de un suplicio de Tántalo para los seres que contemplan los progresos sin poder gozar de ello: hay un empobrecimiento del desarrollo de la técnica.

Se podrá objetar que los regímenes de fuerza compensan tales daños, asegurándole a la técnica dos protecciones muy eficaces: sus enormes peticiones directas como órganos del poder belicoso, y sus exigencias de prodigios para obtener artificialmente productos naturales, que la autarquía retira, o que un bloqueo alejaría casi completamente.

Ante argumentos parecidos, debemos observar que la práctica limitación de los clientes de la industria a uno solo —aunque fuese tan poderoso como un Estado totalitario se reclama a sí mismo— no es conveniente. Ese Estado, incluso ocupándose de las necesidades civiles, en vista de la guerra y de sus necesidades, tendrá inevitablemente que disminuir esas necesidades, reducirlas y sacrificarlas.

De hecho, un solo cliente no es aconsejable. Los monopolios deseados fueron siempre los de producción, importación o venta: nunca se desea el del consumidor, porque éste, aunque fuese un gigante, no podría asegurar la vida de un negocio.

En lo que concierne a las maravillas de una técnica que, bajo la estimulante influencia de la angustia, obtiene el azúcar con la madera, el tabaco con las patatas, la ropa con la piedra, los sombreros con los cabellos humanos, a la vez que rendimos justicia a una ingenuidad así —ya practicada por los Antiguos en tiempo de guerra, y a veces por lo vulgar— parece que sería mejor consagrar esfuerzos a cosas más útiles que a obtener unos productos insuficientes en cantidad, inferiores en calidad, y de un precio demasiado elevado, si los comparamos con los que poseemos ya en la naturaleza, por unos métodos más acordes con ésta. Por otro lado, el problema no es el de producir muestras, o modelos; se trata de número, de abundancia y de buen mercado. Se trata del suministro a los mercados; en absoluto de los escaparates de una feria o de una exposición. Y, a fin de cuentas, esos procedimientos podrían ser objeto de fecundos estudios, sin esperar unas soluciones apresuradas y decepcionantes.

Por todos sitios, y en el fondo de todas las ilusiones reaccionarias, se en-

contrará que, incluso en el dominio de la técnica, los regímenes de fuerza la empobrecen y la limitan demasiado, suprimiendo libertades, lo que llamamos el potencial de guerra. Y ello es muy peligroso bajo todos los aspectos de la defensa nacional.

Lo que hay en el fondo, es el gran error de despreciar la libertad, sacrificándola al poder. Se habla mucho más del famoso poder de compra como resorte económico y se olvida a menudo que el gran poder de compra es la libertad, que es después el impulso y el sostén de la técnica. Es la inspiración inquietante, siempre en vilo de las invenciones, como es el primer y el último cliente entre aquéllos que sostienen la eficacia vital y la fuerza de los Estados.